

¿Qué hacer para detener tal escándalo, tan peligrosa invasión del *clericalismo*?

Al año siguiente recibió el sub-prefecto la orden de trasladarse á la Prefectura marítima y hacer comprender al almirante que su presencia, en traje oficial, en una ceremonia *apenas tolerada*, revestía un carácter lesivo para las autoridades que se abstenían... y por lo tanto esperaban y *deseaban* que en lo sucesivo no lo hiciese.

—¿Es acaso que Dios ha perdido su grado este año?—preguntó con ironía el almirante.

Y, sin esperar la respuesta del funcionario continuó:

—Yo no sé si Dios estará de baja en la Prefectura de Saint Lo; mas para mí siempre es el Soberano Dueño, y será un honor, á la par que deber mío, el que yo acompañe al Santísimo Sacramento como el año último.

Y, en efecto, le acompañó, vestido con su más brillante uniforme.

En el mes de Abril de 1890, cuando el viaje de Carnot á Córcega, á las seis de la tarde, el presidente de la República, almirante, ministros y Estado Mayor, conversaban con animación sobre el puente del «Formidable.»

De repente dejóse oír el tambor anunciando la oración de la tarde.

Al momento, Dupetit-Thouars se descubrió y guardóse silencio general, mientras allá lejos se ocultaba el sol en las azules ondas del mar.

*Y les hizo rezar la oración de la tarde...*

Ocho días antes de su muerte, en la comida de bodas de su segunda hija, en la vasta é imponente sala del *Formidable*, en una mesa de 40 cubiertos, en medio de charreteras y bordados de oro, hacía rezar en alta voz el *Benedicite* y trazaba la cruz sobre su pecho.

Así son los verdaderos valientes, los que no se avergüenzan de confesar á Jesucristo delante de los hombres, para que El no se avergüence de ellos delante de su Padre celestial.

¡Qué terrible debe ser para los cobardes, que temieron mostrarse católicos, esa vergüenza que su presencia ha de causar á Jesucristo!

Estamos en el siglo de las cobardías, de las apostasías, de las traiciones, y eso que los católicos no tenemos que habérnoslas ni con los potros, ni con los garfios, ni con las llamas, ni con ninguno de aquellos innumerables tormentos que empleaban los tiranos del paganismo para vencer inútilmente la constancia de los mártires.

Hoy asusta una mirada, una risita, un estúpido mote, un soez dicterio...